

RESEÑA

PARA ELOGIAR EL *ELOGIO DE LO COTIDIANO*, DE TODOROV.

María Esther Aguirre Lora

Doctora en Pedagogía por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Actualmente es docente y tutora de estudiantes de licenciatura, maestría y doctorado en el Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación (IISUE)-UNAM.

Correo electrónico: maríaestheraguirre@gmail.com



Tzvetan Todorov (2013). *Elogio de lo cotidiano. Ensayo sobre la pintura holandesa del siglo XVII*. Traducción de Noemí Sobregués. Barcelona: Galaxia de Gutenberg [ISBN 9788481098693].

En general, a las personas representadas en los cuadros holandeses del siglo xvii parece gustarles lo que hacen. Pero, sobre todo, a los pintores parece gustarles las personas a las que pintan y el mundo material que las rodea

Todorov

1

Como sabemos, Tzvetan Todorov, de origen búlgaro (1939), residente en París a partir de 1963 y actualmente a cargo de la dirección del Centro de Investigaciones sobre las Artes y el Lenguaje, desde su ejercicio como lingüista, semiólogo, filósofo y crítico literario nos ha entregado obras fundamentales, escritas en clave de avanzada, para comprender el mundo en que vivimos, las sociedades que hemos habitado, obras que han circulado ampliamente en nuestro medio, como *La conquista de América, la cuestión del otro* (Siglo XXI, 1987), *La vida en común* (Taurus, 1995), *Los abusos de la memoria* (Paidós, 2008), *El hombre desplazado* (Taurus, 1996), *Nosotros y los otros* (1989), *La vida en común* (Taurus, 1995), *La experiencia totalitaria* (Galaxia Gutenberg, 2010), *Vivir solos juntos* (Galaxia Gutenberg, 2011), entre otras, donde es evidente su preocupación por los problemas y dilemas del hombre de nuestros días, entre los que apunta el neoconservadurismo, los sistemas totalitarios, la soledad del individuo, las presiones y deterioros de la vida social, de la vida personal. Su desplazamiento del ámbito de la teoría literaria, que domina la primera época de su producción, a la historia de la cultura y el análisis, en una perspectiva de largo aliento, de la moral social, ha enriquecido, sin lugar a dudas, el horizonte de los estudios sociales y humanísticos en diversas latitudes.

Ahora bien, en el contexto de su vasta y variada producción, hay un filón de intereses que lo vincula directamente con el campo artístico, sea en la literatura o bien en la plástica. Así, poniendo en juego las distintas miradas que ha integrado en el curso de sus búsquedas y de sus rupturas, sigue una veta de exploraciones sobre la pintura, interesado en explicarla siempre a partir de las tramas sociales y culturales que la posibilitan, de los productores y los receptores. Me refiero a libros como *Elogio del individuo: ensayo sobre la pintura flamenca del Renacimiento* (Galaxia Gutenberg, 2000), *¡El arte o la vida! El caso Rembrandt* (Vaso Roto, 2010), *Goya a la sombra de las Luces* (Galaxia Gutenberg, 2011), *La pintura de la Ilustración: de Watteau a Goya* (Galaxia Gutenberg, 1914). A través de este conjunto de obras nos ofrece miradas frescas, ricas en nuevas claves de interpretación, historias renovadas sobre el arte. A esta línea de indagación pertenecen los trabajos sobre la pintura flamenca a partir del siglo xv, hasta entregarnos

un libro delicioso, precisamente *Elogio de lo cotidiano* (Galaxia Gutenberg, 2013), el cual, no obstante haberse traducido al español después de veinte años de su edición original, tiene el mérito de no haber perdido su vigencia.

2

Más allá de la fascinación que puedan suscitar en nosotros los cuadros de la pintura holandesa del siglo xvii, el autor nos plantea una nueva experiencia, en la cual, respecto a otros cuadros, próximos a la época, poblados de imágenes bíblicas, de reyes y nobles, de héroes y batallas, de relatos míticos, siempre procedentes del mundo espectacular, ahora nos muestra cómo los pintores se vuelcan al mundo de seres anónimos, ilustres desconocidos, que cocinan, comen, beben, conviven con la familia y los amigos. Evidentemente nos encontramos frente a otras preocupaciones que generan otras temáticas, un nuevo estilo a través del cual se constata otra sensibilidad del pintor. Pero, ¿por qué sucede esto, precisamente en Holanda y en el siglo xvii, ni antes ni después? Hegel mismo se sorprende del cambio de estilo: “A ningún otro pueblo se le habría ocurrido crear obras de arte cuyo contenido fueran objetos en apariencia tan banales y corrientes como los que aparecen en sus cuadros” (citado en Todorov, p. 24). De repente aparece un conjunto de mujeres dedicadas a las tareas domésticas, leyendo cartas y escribiéndolas, la soldadesca conviviendo en forma amistosa, niños con animales domésticos. Todorov se pregunta qué hay detrás de todo esto y avanza en explicaciones que permiten penetrar en ese momento, en esa sociedad, en esa pintura.

Si en *Elogio del individuo* (2013), Todorov, a través del estudio del retrato en la pintura flamenca del siglo xv, percibe la emergencia del individuo, su presencia más allá de la mirada de Dios, en *Elogio de lo cotidiano* nos transmite, más allá del individuo secularizado, lo que acontece en la vida diaria de la sociedad, de las personas sencillas, de carne y hueso, al margen de los grandes acontecimientos, inmersos en el mundo de la vida privada: lo íntimo, lo personal, el mundo de los afectos, de las virtudes —aunque también de los vicios— constituye el escenario que eligen los pintores, lo que encomian y lo que reprueban. Todorov se vuelve hacia la *vida cotidiana*, como el sustrato en que los hombres viven, con todos sus sentimientos, sus creencias, su emotividad, su pensamiento y, mediante estas actividades, conservan su vida y la de los demás, la de la propia existencia de la sociedad entera.

Se señalan fundamentalmente dos situaciones que posibilitan el surgimiento de esta pintura, que se conocerá como *pintura de género* (p. 9): la primera,

en la que ya no tienen lugar los personajes históricos, ni los santos, ni los héroes míticos, y solo el mundo que la rodea. Nos encontramos con una región que, después de vivir guerras sin fin con España, Inglaterra y Francia, desde el último tercio del siglo XVI al último tercio del siglo XVII, logra una situación de estabilidad política, donde florece lo que será su principal fuente de riqueza, el comercio. La segunda situación señala el desarrollo de la clase burguesa que da curso a una vida más pacífica y tolerante en la diferencia, que ya no quiere saber de batallas, sino de sí misma, de lo que acontece día con día, del mundo cercano a lo humano que trasluce lo habitual y que, como tal, le da sentido a la vida. Ahora quienes encargan los cuadros, los adquieren y los llevan a sus casas no son cardenales, obispos, reyes, nobles, sino distintas personas simples y llanas, con mayor o menor poder adquisitivo: “La pintura ha salido de las iglesias y ha entrado en las casas particulares” (p. 31).

Ciertamente Holanda desarrolla una actitud comprensiva frente a situaciones políticas y aun con respecto a las diversas religiones que coexisten en su espacio, lo cual la hace un lugar de refugio y de migración; sin embargo, la pintura nace al calor del predominio del protestantismo en su versión calvinista, que es la más austera. Y si se desarrolla una actitud iconoclasta frente a las imágenes de la cristiandad católica, la ausencia de imágenes sagradas, de íconos con temáticas bíblicas, permite reorientar la mirada hacia otros espacios, otros protagonistas: al hombre corresponde el mundo de la calle; a la mujer, el de la casa, con las habituales tareas: atender a los hijos, disponer del aseo de la casa, preparar, y aun leer y escribir.

Cortar nabos y pelar manzanas se convierten por primera vez en una actividad tan digna de figurar en el centro de un cuadro como la coronación de un monarca o los amores de una diosa. Se coloca a las mujeres haciendo sus faenas en el pedestal de los santos y de los héroes antiguos (pp. 73-74).

Las actividades se dan con toda naturalidad; no obstante, a través de ellas, el pintor califica: exalta las virtudes que estas conllevan, así como critica las conductas licenciosas de hombres y de mujeres (en burdeles o bebiendo). La paz se deposita en gran medida en la familia y la manera en que la mujer se hace cargo de ello, con lo que a la vez asistimos a la emergencia de la nueva protagonista de la modernidad. También está presente el tema de la pareja, además de los niños, su aseo, sus juegos. Se trata de una pintura con un principio de realismo donde ya no se busca la belleza como valor por sí mismo, sino que se encuentra en esta vida diaria que desborda luminosidad, calidez. Hay, en medio de todo ello, una enseñanza moral, un modelaje de los comportamientos deseables y un repudio de lo que no está bien visto.

En este contexto, la nueva clientela, los comitentes, ya no serán los representantes de la Iglesia católica, ni los integrantes de las cortes, que abogan por sus propias temáticas, sino los comerciantes, los mercaderes, que piden, y les proponen, su vida diaria, sus costumbres cotidianas, en las que puedan verse reflejados. No tiene que ser grandes señores, ni pertenecer a la nobleza, ni a la jerarquía eclesiástica para verse retratados en su mundo más íntimo y adornar, con ello, sus espacios.

Asistimos a la presencia de una pléyade de pintores flamencos, como Rembrandt Harmenszoon van Rijn, Johannes Vermeer, Frans Hals, Judith Leyster, Gerard Ter Borch, Jan Steen, Gabriel Metsu, Pieter de Hooch, muchos de los cuales coincidieron en distintos espacios, conocieron sus obras y aun las intercambiaron; algunos de ellos fueron coetáneos de Spinoza, y coinciden en la búsqueda del mundo visible, de lo real. Nuevamente Hegel enriquece la perspectiva: “la sed del presente y de lo real hace que descubramos una fuente de placeres en lo que es, en la finitud del hombre, en todo lo finito y particular” (citado en Todorov, p. 72).

Para estos artistas-artesanos la técnica tuvo un lugar clave, mediado por los secretos del oficio, también, pero no es suficiente para explicar su pintura: la agudeza de la mirada y el placer por el mundo descubierto hasta en sus más recónditos e insospechados detalles en la Holanda del siglo XVII fue de ellos, solamente les perteneció a ellos.

3

En fin, Todorov, con este libro, que se lee con verdadero placer, contribuye a abrir el horizonte de sentido de la pintura del siglo XVII, donde queda claro que no podemos entenderla independiente del magma que fermenta la vida social y cultural de una sociedad, de una región, ni de la dialéctica que se establece entre pintores e interlocutores, su tiempo y su circunstancia.

Pero hay un mensaje ulterior de Todorov, crítico de la vida social, de las limitaciones impuestas a la vida humana, de los ritmos exasperados y alienantes: el llamado a no dejarnos atrapar por las presiones, las prisas, los sin-sentido que nos imponen las circunstancias de la vida actual, para volver a recoger aquello que hace nuestra vida diaria, que por habitual no percibimos, en sus mínimos gestos y movimientos, en sus sentimientos y afectos, en sus luminosidades y zonas de penumbra; es en ello donde radica la belleza y la plenitud que se construyen en el día a día.